

trompetas de tus guerreros; tú que diste fuerzas á Moises para contemplar sin reducirse á polvo, el esplendor de tu magnificencia que tú te dignaste mostrarle; tú que estabas con tu hijo cuando aquel caminó sobre las olas irritadas, cuando dió vista á los ciegos y vida á los muertos; tú que le diste fuerzas para soportar con celestial resignacion el escarnio, la ignominia, los mas horribles tormentos y la mas cruel de las muertes; Dios y juez del universo, habla: ¿á donde está ahora tu amadísimo hijo? ¿eres tú, ó será él quien ponga término á mis tormentos? ¿Qué pedir? ¿qué esperar?... Jesus no existe, su cadaver ha sido arrojado sin duda alguna entre los restos de los mas viles criminales; ¡y tú, su padre, permaneces impassible! Dícenme que ha resucitado... relaciones de mugeres, cuya razon ha turbado el dolor, son los únicos consuelos que me envias... ¿De qué le sirve al naufrago el fragil junco que flota sobre las espumantes olas? ¡Ah! ¿porqué no me he dormido ya para siempre en medio de estas tumbas? ¡Ni me resucitaria AQUEL que á tantos ha resucitado, ni yo quisiera recobrar la existencia para no gozarla en su compañía!... Vosotros los que dormís en este lúgubre sitio, decidme: ¿habeis conocido á Jesus mi divino maestro? ¿y si conocido le habeis, os hallais ahora á su lado? ¡Huesos á polvo reducidos: cuando salga del seno del porvenir el postre-

ro y mas grande dia de los tiempos; cuando la voz del Eterno os diga: levantaos, que de nuevo va mi aliento á animaros; entonces ¡ay! ¡me despertaré con vosotros y tambien Jesus sacudirá las cenizas de la destruccion!... Incalculable sucesion de siglos me separa aun tal vez de tan dichoso momento; pero la vida es corta, y ¿qué importa la duracion del sueño de la muerte? Sí, rápido es el vuelo de la vida; así lo conocemos cuando á su término llegamos, mas mientras dura son sus alas de plomo para el desdichado que padece. ¿Y quien jamás ha podido padecer lo que yo? ¡Oh tú que diste á los hombres oidos para oír! ¿oyes la trémula voz de un vivo que te pide la muerte? Benditos seais todos los que habeis llorado al divino maestro, y que ya no llorais creyendo que resucitó... ¡que no pudiera yo participar de vuestro error!... ¡Ah! si le viese no tendria como vosotros fuerzas para vivir; no, que el gozo me mataria, pero no de gozo sino de dolor debo morir. La espada que atravesó el alma de María ha herido tambien mi espíritu, y no hay bálsamo en la tierra para curar tales heridas... ¡Oh! si Jesus pudiera aparecerseme... ¡insensato deseo, no vengas á levantarme un instante para despues arrojarme de nuevo al hondo precipicio!... y sin embargo el Mesías pudiera hacer por sí mismo lo que por sus hermanos ha hecho... ¿Mas porqué ha de quererlo?

¿Porqué hubiera consentido en morir si pudiera y debiera resucitar despues de haber dormido algunos dias en el sepulcro? No, no : si tales hubieran sido su poder y voluntad, descendiera triunfante de la cruz... Si viviera, se me hubiese aparecido, porque nadie tiene mas sed de verle que yo. Si yo le viera pondria mis manos en sus llagas... ¿pero tiene llagas un resucitado?... ¿enlazaría sus rodillas y creeria!... ¿no lo creeré jamas; porque ha muerto!... ¡Padre de Cristo, padre mio, ¡ah! por piedad no te retires enteramente del mas desgraciado de tus hijos!... »

Despues de orar así, Tomás, estenuado por el cansancio y abrumado por el dolor, lanzó un lúgubre gemido dejándose caer sobre uno de los peñascos, que de la bóveda sepulcral cayeron al rasgarse el velo del santuario cuando las santas tinieblas llenaron á Jerusalem de terror y espanto. Inesperadamente unióse á los lamentos del discípulo el eco de una voz lejana, que al través del silencio de las tumbas se va aproximando gradualmente á Tomás, y pronto pronuncia inteligiblemente para el discípulo estas bondadosas palabras :

« ¡O tú que gimes bajo estas sombrías bóvedas! ¿eres víctima de cobarde asesino? ¿Puedo socorrerte? Habla. ¿Donde estás, para que pueda curar tus heridas? »

Callando Tomás prosiguió la voz :

« ¿Donde estás? Al atravesar el valle de Getsemani he oido tus lamentos, y vengo en tu socorro, si es posible á los humanos consolar tus males. »

« Los consuelas, respondió por fin Dídimio, probándome que hay todavía corazones buenos y sensibles. Bendito seas, noble viagero, y prosigue tu camino que ya cierra la noche. Sin duda te esperan impacientes tus tiernos hijos y amante esposa ; no difieras su felicidad por mí á quien en nada puedes aliviar, pues la que padece es mi alma.

« Hermano mio, dijo la voz, ya entonces inmediata á Tomás, tiéndeme la mano que quiero llorar contigo ; las compasivas lágrimas de un amigo alivian las penas del alma. »

Y en el mismo instante enlazaron á Tomás los brazos del incógnito estrechándole contra su pecho. Mas agradecido que asombrado de aquella señal de afecto preguntó el discípulo al desconocido, si pertenecia al pueblo de Israel, y si era alguno de los peregrinos venidos á Jerusalem para celebrar las fiestas de la Pascua. Respondió el incógnito :

« Soy un hijo de Israel, vengo de una region lejana y me llamó José. ¿Y tu nombre, hermano, cual es?

« Tomás Dídimio.

« Pues bien, caro Tomás, sígueme que las imá-

genes de la muerte que aquí nos rodean acrecientan la melancolía de tus pensamientos.

« ¡Ay, hermano mio! compláceme estas imágenes como la muerte misma; agrádanme los sepulcros. »

« Tomás (replicó José), levanta del polvo la cabeza, mira al cielo y aprende á padecer... ¿ Quien hizo el dolor sino AQUEL que nos ha creado para la vida eterna? Hasta su trono llegan los suspiros y los lamentos de los mortales, y allí se unen á la voz de los celestiales coros que celebran su gloria. ¿ Puedes suponer que Dios no quiere, que Dios no puede salvarte? Te lo repito, aprende á padecer : del cielo procede el dolor, póstrate, ó hermano mio, ante ese divino mensajero.

« Tú eres un hombre segun mi corazón, amado José; librete el Eterno de las angustias que destrazan mi alma; porque á ellas sucumbirías como yo.

« Espíciate mas claramente, y dime los motivos de tu desesperacion.

« Sea, pues que así lo quieres, caro José. ¿ Has conocido á Jesus?... ¡ Ay de mí! ¿ por donde empezar? ¿ Por donde concluir? porque veo que nada sabes de ÉL... ¿ Cuanto tiempo hace que estás en la Judea?

« Pocos dias hace; pero á los valles de la eterna paz donde habito han venido mensajeros de la Judea, que nos han hablado de Jesus el hijo de Je-

hová; y con otros he bajado á la tierra para verle morir, para verle resucitar.

« ¿ Has bajado con otros para verle resucitar, ó José? ¿ Quien eres pues?

« Un extranjero, caro Dídimo. Tuve en otro tiempo en la tierra de Canaan un amigo á quien amaba tiernamente... muchos años estuve separado de él... dejóme en las riberas del Nilo... el Hombre-Dios me ha reunido por fin con él en el momento, en que entrando su gloria en el santuario, se rasgó el velo del templo ¹. Me es preciso partir, caro Dídimo; mas pronto volveré á encontrarte...

« No así me dejes, te ruego, caro José... ¡ José!... ¿ Cuan dulce nombre!... ¿ Con que tambien los ángeles llevan el nombre del predilecto de su padre, del predilecto del Eterno?... Amado José vuelva yo á oír aun otra vez el eco de tu voz... ¿ No me respondes?... ¿ no tienes piedad ni misericordia de mí?... no eres un angel... los ángeles no aciertan á ser inexorables : privilegio esclusivo de los hombres es tanta dureza... Ese extranjero habita los

¹ Alude José á su padre Jacob, á quien no hizo dejar la tierra de Canaan hasta que siendo ya primer ministro de Faraon le llevó á Egipto con toda su familia. Haciendo decir á José que el Mesías le reunió con su padre al rasgarse el velo del templo, Klopstock se refiere á la resurreccion de los patriarcas, que supone se verificó en aquel momento, segun la describe en el undécimo canto de este poema. — T. F.

valles de la eterna paz, y mensajeros del reino de Judá han ido á hablarle del Mesías... ¿Cuales fueron esos mensajeros? ¿Quien se los envió? Dijéronle que descendiera á la tierra para ver morir y resucitar á Jesus;... á Jesus que le ha reunido con su amadísimo amigo al rasgarse el velo del santuario... no se rasgó el velo hasta despues de muerto Jesus; ¿continua pues hasta en la tumba, dándose á conocer por el bien que hace? ¿Mas porqué ha muerto? ¿No nos dijo siempre que viviria eternamente? Quanto mas procuro profundizar este misterio mas me confundo... ¿Estaba yo realmente despierto cuando ese José ha venido á hablarme? Abrumado por el cansancio y el dolor me recliné sobre esa peña... Sin duda el sueño me ha vencido... Sí, en sueños he visto á ese extranjero... ¿Si fuera un angel, si fuera al menos un mortal caritativo, ¿hubiera huido como lo ha hecho? Ahora comprendo el error de mis amigos... Dulce error que los consuela, y de que no acierto á participar... Dios me guia por otro camino triste y sombrío, mas no importa, que sino á la felicidad me conducirá al menos al descanso. »

Dijo, salió del sepulcro, y siguiendo la direccion que le indicaban los bramidos del torrente del Cedron, se internó en el valle de Getsemani donde esperaba hallar una choza hospitalaria, y pasar en ella el resto de la noche.

Así que salió Tomás de la morada de Juan apresuráronse los fieles en ella reunidos á cerrar su puerta, temerosos de que no satisfecho el furor de los sacerdotes con la sangre de Jesus, quisieran, despues de haber inmolado á aquel á su odio, sacrificar tambien á sus discípulos y amigos. Enérgicamente censuró Simon Pedro tan vergonzoso terror, hallándose por su parte dispuesto á morir por su divino maestro: pero las dudas de Tomás habian producido pernicioso efecto en los demas fieles que aun no habian tenido la dicha de ver al Mesías, y á despecho de Pedro y de las santas mugeres permanecieron las puertas cuidadosamente cerradas.

Hácia la media noche resonaron en la cabaña repetidos golpes que en su puerta daban; y estremeciéronse aterrados los fieles. Mas pronto reconociendo las voces de Cleofás y de Mateo, se apresuró Santiago á darles entrada. Al verlos estrañamente conmovidos aumentóse el terror de la santa asamblea, que imaginando que huian perseguidos por los enemigos de Jesus, les hizo pregunta sobre pregunta. María y Magdalena, lejos de participar del temor y pusilanimidad de sus amigos se acercaron á los dos discípulos, y les dijeron con voz firme y segura:

«Nada temais, que ha resucitado: tambien Simon Pedro le ha visto. »

Y Cleofás responde con piadosa exaltacion :

« Sí, ha resucitado ; nosotros daremos en adelante testimonio de ello porque le hemos visto tambien. » Pedro y las santas mugeres participaron del enagenamiento de Cleofás y de Mateo ; mas no se dispó la tristeza de los rostros de aquellos de sus hermanos, que aun no habian tenido la dicha de ver al Mesías.

« ¡ Ay ! dijo Simon Pedro, nuestros desgraciados amigos empezaban á creer lo que les deciamos y á participar de nuestro gozo, pero Tomás les ha inoculado sus dudas. Imploramos al Señor para que se apiade de ellos, y sobre todo para que se apiade del desdichado discípulo cuya incredulidad le arrastra á un laberinto sin salida alguna. »

Y Juan tomó la palabra, y dijo con tristeza, pero tranquilamente :

« No me ha extraviado Dídimos, pero ¿porqué he de ocultároslo ? Sí, me aflijo porque nuestro divino maestro no se ha dignado aparecérseme á mí que le amó ardientemente.

« ¡ Acuérdate, respondió Pedro, de que todavía no se ha aparecido á su madre !... Cleofás, y tú, caro Mateo, ayudadme á consolar á los afligidos amigos de Cristo, contadles como y donde le habeis visto. »

Y Cleofás dijo á la asamblea que le escuchaba en profundo silencio :

« Tristes y desolados, como en este momento lo

estais vosotros, caminábamos por el bello pais que separa á Jerusalem de la aldea de Emaús, procurando en vano consolarnos con el aspecto ameno y variado de la naturaleza que á nuestros ojos presentaba sus mas bellos cuadros. Súbito se reunió á nosotros un extranjero peregrino : verle bastó para amarle... ¿Cómo pintaros las sensaciones que sus discursos produjeron en nosotros ? Hablónos del Mesías tantos siglos hace prometido y anunciado por los profetas ; hízonos penetrar en lo mas profundo de los misterios de la redencion. Cuanto nos dijo tengo grabado en la memoria, y no acierto sin embargo á repetíroslo. Sus palabras eran poderosas como la tempestad, como el rayo que ilumina y abrasa : cediendo á nuestros ruegos consintió en descansar en mi cabaña ; ofrecíle en ella frugal banquete y sentóse á la mesa enfrente á nosotros... aun le veo partir el pan y escucho su tierna oracion. ¡ Hasta entonces no reconocimos en él á nuestro divino maestro !... Nos postramos á sus pies, le adoramos en silencio ; mirónos con bondadosa sonrisa y apartóse de nosotros... le seguimos, pero habia desaparecido sin dejar rastro ni huella. Apenas nos recobramos de nuestro terror y alegría hemos corrido á vosotros para deciros : ¡ Jesus vive, Jesus ha resucitado !... ¡ nosotros le hemos visto ! »

A pesar de su estremada sensibilidad, ó mas bien

en razon de ella, hizo mas impresion en Tadeo que en los demas fieles el ejemplo de Tomás; y así la relacion que acaba de oir solo le inspira dudas y desconfianzas.

« Creo con vosotros, amigos míos, que habeis encontrado á un varon sabio y virtuoso, tal vez á un angel. Comprendo que sus discursos os hayan admirado, porque sea la que fuere la naturaleza de ese peregrino, os le envió el Eterno para hacernos comprender, que si hemos perdido á nuestro amado maestro y si hasta su cadaver nos han robado, debemos sin embargo hallar consuelo á nuestro dolor, en la certidumbre de que su alma reposa en los valles de la eterna paz. Hé aquí lo que con vosotros puedo creer: pero ¿como imaginar que ese estrangero fuese el mismo Jesus? ¿Hubierais podido verle sin reconocer al instante su persona? Cuando tomó el pan para distribuirlo habria sin duda alguna semejanza entre su porte y ademanes y la noble uncion de nuestro amado maestro; y esa analogía basta para que turbados creyerais que teniais delante al mismo Jesus. »

Calló: miróle Cleofás con tierna compasion; y Mateo tendiéndole la mano con melancólica sonrisa le dijo:

« Déjame repetirte las palabras que el Salvador nos dijo cuando, demasiado ciegos aun para cono-

cerle, le preguntamos si Jesus vivia y si nos seria dado volverle á ver. Estas fueron sus palabras: « Largo tiempo hablaron sus hermanos con José sin conocerle: pero sonó la hora de la reconciliacion, y, no pudiendo aquel contenerse, exclamó: Yo soy José. »

« ¡Oh! mi divino maestro, suspiró Tadeo, ¿podrás tú contenerte aun largo tiempo? ¿No te enternecerá mi desesperacion? »

Diciendo así, ocultó con las manos su rostro bañado en lágrimas. Pedro, oyéndole sollozar, le tuvo lástima; mas permaneció inalterable en su fe, y con voz firme dijo á la asamblea:

« ¿Podreis dudar aun, ó vosotros los que ois á los testigos de la resurreccion de Cristo? ¿No equivale su testimonio al de vuestros ojos? ¡Ah! ¿porqué no está Tomás con nosotros? »

Levántase María y alzando al cielo sus manos cruzadas, tiende la vista con piadosa exaltacion sobre los circunstantes, y dice:

« Mi hijo vive; lo creo como si se hubiera dignado aparecérseme. »

Cuando la muerte acaba de arrebatarnos al objeto de nuestros mas íntimos afectos, su imagen se nos presenta en medio de nuestros agitados sueños; despiértanos el gozo, y demasiado conmovidos para distinguir la realidad de la ilusion, busca-

mos aun la imagen querida que desapareció y que nuestro corazon anhela volver á mirar. Análoga es la situacion de espíritu en que la relacion de los testigos de la resurreccion de Cristo ha dejado á sus discípulos.

Sucesivamente fué aumentándose el número de seráfines y resucitados que invisibles asistian á aquella santa reunion. Simon Pedro sintió primero que los demas la influencia de los inmortales : su corazon palpité aceleradamente y su imaginacion se exaltó. Súbito deslumbradora claridad iluminó el lugar de la asamblea, y Jesus apareció en medio de ella, inmovil como una roca rodeada de centellantes nubes, y dijo :

« La paz sea con vosotros. »

Los fieles le ven y escuchan sin acertar aun á persuadirse de que en efecto tienen la dicha de verle y oírle. El exceso de su conmocion los ha sumido en el océano de luz en que nadan los inmortales y en él se anegan : pero Jesus, que comprende su ansiedad, les dirige de nuevo la palabra diciendo :

« Amados míos, ¿ es posible que os asuste mi presencia? miradme, soy como siempre vuestro hermano ; como siempre es mi cuerpo lo que el vuestro, de carne y hueso. »

Cuando hubo dicho, acercáronse todos, pero con

inciertos y trémulos pasos y con el delirio de la alegría pintada en los rostros. María sola, no temiendo ya nada, se postra delante de su hijo, abraza sus rodillas, contempla las llagas de sus pies y de sus manos, levanta los ojos al cielo y de su rostro salen como del de un angel rayos de luz. Sonrióse Cristo en toda la plenitud de su misericordia, mostrando á su santa Madre la herida de su costado, de la cual corrió en la cruz el doble manantial de agua y sangre, fuente de eterna salud para la especie humana. Alentados por la inefable bondad del Salvador cayeron los discípulos á sus plantas tendiendo hácia él las manos. Tomólas Jesus, las estrechó, y lentamente corrió una lágrima por sus divinas mejillas. Al verla, clamaron todos unánimes, y despues se oyeron oraciones por los sollozos interrumpidas...

Tiene Juan y estrecha entre sus dos manos la derecha de su maestro ; mírale queriendo darle gracias y esplicarle cuanto le adora : pero sus trémulos labios solo aciertan á pronunciar inconexas palabras.

« Te he visto al pie de mi cruz, le dijo Jesus con celestial sonrisa, y de ella no te has separado hasta despues de mi muerte.... ¿ Adonde está Tadeo? »

Tadeo, que se habia postrado en tierra para besar la orla del vestido de su maestro, quiso asir la

mano que este le tendia ; pero faltándole las fuerzas se le cayeron los brazos. Compadecido de su turbacion el Salvador se inclinó á él y estrechó amorosamente entre las suyas una de las manos del discípulo. Entonces recobró Tadeo fuerzas bastantes para pronunciar estas palabras :

« ¡Piedad, ó tú que todo eres gracia y misericordia! »

Felicitáronse Simon el Cananeo y Santiago, hijo de Alfeo, por la resurreccion de su divino Maestro; osaron tambien los demas discípulos esplicar su felicidad; y todos á una voz entonaron un himno de gloria y de gratitud mezclando á él sus tiernas lágrimas.

Simon Pedro, Mateo y Cleofás continuaban prostrados ante Jesus, quien los bendijo imponiendo las manos sobre sus cabezas. No brillaba aun el rostro del Señor en toda la magnificencia de su divinidad, y sin embargo deslumbraba tanto á los fieles que hubieron de bajar los ojos. Santiago, hijo de Cebedeo, único que se atrevia á contemplarle, le dijo en voz respetuosa pero firme :

« ¡Hijo del Eterno, dignate oír nuestros humildes ruegos : no te eleves aun hácia tu Padre ! »

Y Jesus responde :

« Algun tiempo permaneceré entre vosotros, ó amados hijos míos. »

Al oír estas palabras, salvó los diques del respeto.

la alegría de los fieles y arrojándose unos en los brazos de otros clamaron :

« ¿Es en efecto Jesus el que está con nosotros?... Legiones de ángeles que indudablemente le rodais sin que nos sea lícito veros, hablad : ¿Es él?... ¿Estamos en la tierra?... ¿estamos en el cielo?... ¿Es posible que esté en efecto con nosotros *aquel* á quien hemos visto morir en el Gólgota?... »

Acercóse Jesus á la mesa y sentándose en la estera de palma que la rodeaba, dijo :

« ¿No teneis algun alimento que darme? »

Apresuráronse todos para ir á buscar lo mejor que cada uno tenia. Juan llegó el primero con un panal de miel y un pez asado que puso delante de su maestro apartándose despues respetuosamente. Llamóle Jesus y díjole con tono de dulce intimidad :

« Quédate, amado mio; y vosotros mis hijos, venid, como hace poco lo haciais, á sentaros cerca de mi. Acéreate, Madre mia : siéntate al lado de tu hijo. »

Agrupáronse los fieles en torno de Cristo, y viéndole comer y beber con ellos, como siempre, dispóse el santo terror que hasta entonces habia turbado su alegría, y tuvo en fin entrada en sus corazones la entera é ilimitada confianza. Leyéndoles Jesus el pensamiento pronunció estas solemnes palabras :

« No habeis querido creer á los testigos que os dijeron que me habian visto y que yo vivia, ¿porqué así desconfiasteis de ellos, sabiendo que no habian dejado de ser dignos de vuestra confianza?... No lloreis, hijos míos... ya veis que me he apiadado de vosotros : pero escarmentad en vosotros mismos, y que lo pasado os haga conocer que el corazon del hombre es duro y seco. ¿No os habia dicho y repetido yo incesantemente : me crucificarán pero resucitaré al tercero dia ? ¿Antes que yo, no lo habia dicho Moises, y con Moises todos los profetas cuyos escritos os he explicado ? Despues habeis oido á los testigos de mi resurreccion; porque en Jerusalem debian levantar su voz en primer lugar para predicar despues en todas las regiones del mundo el perdón de los pecados, el principio de la eterna vida y la reconciliacion del género humano con su Creador, de quien se hallaba separado. Estos bienaventurados testigos sois vosotros, hermanos míos. Sí, á vuestra fe confío la más santa de las misiones ; por vosotros se realizarán las promesas de mi Padre. Cuando yo vaya á reunirme con él permaneceréis vosotros en Jerusalem hasta que de arriba hayais recibido la fuerza necesaria para anunciar á todo el universo, que cuantos reciban el bautismo y la fe se salvarán, y que sin fe no hay salud posible. Cada paso de los creyentes dejará un milagro por huella : ellos arrojarán á Satan del cuerpo de los

endemoniados ; ellos hablarán todas las lenguas sin haberlas aprendido ; y ante ellos huirá la serpiente. Beberán mis fieles en las emponzoñadas copas sin que el veneno los mate ; y cuando impongan sus manos sobre las cabezas de los enfermos, curados serán. »

Diciendo así, levantóse, y como los fieles se apiñaron en torno de él para verle de mas cerca, les dijo sonriéndose :

« Acercaos, mis amados discípulos. »

Obedecieron los apóstoles, retrocediendo respetuosamente los demás fieles. Desconocida es la envidia para sus bellas almas, y así miran con placer el favor especial que concede el Mesías á aquellos de sus elegidos que fueron los primeros á seguirle en este valle de lágrimas.

Bendijo á todos el Mesías, pero fijó sus miradas con mayor satisfaccion en sus apóstoles, sabiendo que por él padecerian el martirio.

« La paz sea con vosotros, » dijo.

Y soltando la rienda á la omnipotencia de su amor y de su misericordia, respiró enérgicamente, y mientras que su divino aliento pasaba por las cabezas de sus discípulos, les dirigió estas palabras :

« ¡ Sea con vosotros desde este momento el Espíritu Santo ! Pronto le recibireis en toda su plenitud ; y entonces lo que en la tierra desateis de-

satado será en los cielos, y lo que en la tierra ligareis, ligado quedará también en los cielos. »

Escucháronle sorprendidos y humildes los apóstoles, temblando que Cristo desapareciese, y no atreviéndose sin embargo á suplicarle que todavía no los abandonase. Pensamientos abrasadores como la llama de la inspiración, fermentan en el alma de Simon Pedro, quien arrojándose á los pies de su maestro, abrazó y besó sus rodillas exclamando :

« No en la tierra, solo en los cielos podré darte gracias, como mi corazón lo desea. ¡O mi Salvador, Salvador de cuantos como yo han pecado! á pesar de que ya me perdonaste, permíteme confesar de nuevo á tus pies mi crimen, y concédeme que antes de ir á anunciar en tu nombre el perdón del cielo, oiga yo á tu divina boca pronunciar mi perdón. »

Así dijo, clavando con noble confianza sus ojos en los de Cristo, y el Señor respondió con fraternal bondad :

« Oré por tí, y oyóme mi padre. Levántate, Cefás, perdonada está tu culpa. »

El acento con que el divino Redentor pronunció estas palabras penetró hasta el fondo del alma de los fieles, que aun le escuchaban cuando ya había desaparecido. Levantóse Pedro clamando :

« Señor, te seguiremos á Galilea. »

En el mismo instante pareció Gabriel y dijo :

« Quedaos; volvereis á verle en Jerusalem, y él mismo os dirá cuando habeis de pasar á Galilea. »

Desapareció el serafín, y los últimos acentos de su voz espiraron al desvanecerse el reflejo de la luz celestial que, en su breve aparición, iluminó á la asamblea.

